

NOTAS PEDAGÓGICAS

LA MEDIDA DEL VALOR INTELECTUAL

Todo cuanto se puede decir acerca de la utilidad de los viajes por el Extranjero, está dicho y repetido infinitas veces. La experiencia individual añade, sin embargo, todos los días, nuevos puntos de vista concretos á esas observaciones generales, y esto procede de la particularidad que tienen los problemas de la vida y de la inteligencia en cada hombre y, también, del cuestionario distinto que cada nación se formula conforme á su estado, en la comparación reflexiva con otras: cuestionario que se refleja en la mentalidad de todos los individuos capaces de pensar en estas cosas. En otros términos, se propende naturalmente, á observar en los pueblos extraños, aquellas particularidades que en la psicología del nuestro más nos preocupan, sobre todo, por su deficiencia ó por su torcido y vicioso desarrollo; y así, cada nación va aportando al conocimiento de las otras—y de sí misma—datos singulares y especialísimos.

Entre los que más pueden interesar á un español (y quizá también á todos los de nuestra *raza*) hállase el referente á la medida del valor intelectual de los hombres. España es un país donde la masa, y aún muchísimas gentes de las que se consideran cultas, ponen esa medida en la existencia de facultades personales más ó menos poderosas. Lo que se estima y considera especialmente en quienes hacen profesión de vida intelectual es el talento, el ingenio, la viveza de intuición, todo lo que es *pura naturaleza*. En cuanto á lo que significa trabajo, á las obras en que se vienen á expresar esas facultades naturales, no solemos ser exigentes: nos basta que el sujeto dé pruebas de inteligencia en la conversación, en los pugilatos de café, en los discreteos de sobremesa, en la correspondencia privada, en el discurso circunstancial que brilla un momento y no deja rastro; y cuanto más aparatosas, chispeantes, *originales*, paradógicas y agudas son esas muestras, más alto colocamos al individuo que las ofrece. El supremo elogio de un español, en este orden de la vida, se formula ordinariamente con esta frase: «¡Qué listo es! ¡Qué talento y qué gracia tiene!»

Y los mismos interesados suelen envanecerse de su valer personal, enumerando sus victorias sobre los contradictores en las disputas de

sobremesa ó de paseo, ó la facilidad con que subyugan y anulan al interlocutor con el disparo de sus ocurrencias, de sus ingeniosidades y de sus inesperadas salidas.

Lo más lastimoso es que, muchas veces, tales sujetos poseen cultivo, leen mucho, hasta son sabios en tal ó cual rama de la ciencia, y aún en varias; pero son sabios para sí ó para los amigos y, á lo sumo, para derrochar la sabiduría en trabajos de poco momento, en fuegos artificiales de dialéctica, en menudencias volanderas de puro afecto personal. En cuanto á obra positiva, constructora, de ciencia; á colaboración útil en el cultivo especial de las disciplinas que fundamentan su profesión; á marcar la huella de una acción fecunda en los organismos sociales á que pertenecen y en que podrían influir quizá de una manera honda y perdurable, ocioso es pedirles nada, ni á la verdad se lo piden los que les aplauden y rodean. Cuando mueren esos talentos y esos sabios, no dejan en la vida otra estela que la de su fama tradicional, que se mantiene durante algún tiempo; pero que, como todo lo no abonado por las pruebas siempre aducibles de las obras, se desvanece con la generación que les conoció.

Cuando alguna vez se discute á estos hombres, alegando su falta de aportación positiva á la obra común, los admiradores contestan invariablemente: «¡Ah, pero si él quisiera, si él hubiera querido, hubiese hecho tanto como el primero, porque le sobraban facultades!»

Pues bien, en los pueblos verdaderamente cultos, orientados á la moderna —y esta es una de las enseñanzas de los viajes á que hube de referirme al principio,—sólo se estima á los *que quieren* y, por querer, traducen en acción útil su personalidad intelectual, como autores de libros, como investigadores de laboratorios, como inventores de aplicaciones científicas, como promotores y organizadores de obras sociales, como directores y regeneradores de las instituciones que, por ventura, les han sido confiadas. En esos países, la medida del valor intelectual se formula en esta pregunta, que os ataja cuando intentáis el elogio de un hombre: «¿Qué ha hecho? ¿Qué ha escrito? ¿A qué especialidad se dedica?» Y si á esa pregunta no podéis contestar con una lista, que no es preciso sea numerosa, pero sí sólida de libros, de trabajos, de iniciativas prácticas, vuestro interlocutor hará un gesto de indiferencia y pasará á otro asunto.

En nuestro reciente viaje por Alemania, mi compañero, el profesor Hinojosa y yo, hemos experimentado esto más de una vez. Ordinariamente, los especialistas alemanes, ó los de otras naciones que en Alemania encontrábamos, conocían bien á nuestros especialistas, á los que han acusado su personalidad con alguna obra que representa un paso nuevo en la ciencia, en la organización de los estudios ó en la acción social de éstos; y cuando á su enumeración intentábamos añadir algún nuevo nombre, la contestación segura era esta: «No lo conozco. ¿Qué ha hecho?» Y casi siempre los ignorados eran los que nada han hecho, por muy altas que sean sus facultades intelectuales.

Por lo común, en esos países cultos, los jóvenes procuran darse á conocer con obras serias, positivas, que aportan algún elemento apreciable á la labor general, en vez de singularizarse en el curso de los compinches, por el derroche de ingenio, ó de llamar á las puertas de la atención frívola con obra negativa de contradicción y de crítica pura, por el solo placer de apabullar al contrario y mostrar *más talento* que él ó más saber menudo. Precisamente una de las cosas que más sorprenden — en Alemania, sobre todo, — es la juventud de muchos de los hombres de notoriedad abonada por una labor considerable y fructífera. Las gentes no se pasan la mitad de la vida templando, como el guitarrista del cuento.

Y ello es lo que, á mi juicio, marca una de las diferencias más notables entre la cultura nuestra y la de las naciones que estimamos justamente como superiores. Nuestra esterilidad científica estriba en esto. Allí, la inteligencia es un medio de producción, cuanto más perfecto mejor sin duda, pero que se emplea directamente en el trabajo positivo y que solo vale en cuanto instrumento y según lo que crea. Entre nosotros es un adorno brillante, que lucimos en pura exterioridad, con el que labramos una reputación volandera y de cenáculo y al que no sabemos sacarle, la mayoría de las veces, el efecto útil, el interés que corresponde á la cuantía de su capital.

Y quizá esto depende — entre otras cosas — de que nos falta el punto de vista *social* en la apreciación de la vida, y de que lo puramente individual sigue siendo el centro de nuestra conducta y de nuestros afanes. Corregir este defecto no es, sin duda, uno de los menores cuidados de la educación intelectual á que la Universidad y la escuela deben atender en primer término.



PROFESORES Y MAESTROS

En la vida docente hay un error muy extendido que produce malísimas consecuencias, tanto peores cuanto menos sospechadas. Consiste ese error en confundir la aptitud científica con la pedagógica. Un buen filósofo, un gran historiador, un químico de competencia probada por cien descubrimientos, un literato cuyas obras aplaude con justicia el público, nos parecen ya, por este solo hecho, personas capaces para dirigir la enseñanza de la juventud en sus respectivas especialidades. Por lo común, la verdad es todo lo contrario. Podemos convertir á esos hombres en *profesores*, es decir, en funcionarios públicos (ó privados) regentes de una cátedra; pero la mayoría de las veces no haremos de ellos *maestros*, es decir, directores de educación intelectual, adiestradores y guías del alumno en el camino de la ciencia y de la preparación para la labor investigadora.

Esencialmente no son, claro es, incompatibles la sabiduría, el alto nivel del profesor y la función pedagógica que le pedimos, y su virtud de la cual esperamos que creará generaciones de trabajadores hábiles en una dirección determinada, capacitados para seguir labrando por cuenta propia. Sin embargo, la experiencia nos dice que no coinciden sino rara vez. La explicación de esto es fácil.

El hombre de gran altura intelectual aplicada á un determinado orden de estudios, comienza teniendo una primera dificultad para ser *maestro* en su propia ciencia: la dificultad de colocarse al nivel del alumno para educir paso á paso las facultades de éste y educarle en el manejo de ellas. Puesto en la cátedra, se olvida del público y piensa y habla como *inter paxes*, un poco molesto tal vez por la conciencia (más ó menos clara según los casos, pero siempre presente) de que todo aquello será perdido, porque la inmensa mayoría no lo entenderá. Los hay en quienes esa conciencia les lleva al desprecio de la función magistral, que cumplen porque la ley la exige, pero sin fe ni entusiasmo, con el vivo deseo, cada día de clase, de acabar pronto y que los alumnos desaparezcan de la vista.

En otros, el mismo amor á la investigación les hace considerar perdidas, no para los demás, sino para sí propios, aquellas horas que creen habían de aprovechar mejor — y están en lo cierto, — en la soledad de su gabinete, ó en las tareas silenciosas, íntimas del laboratorio. Y, en fin, los hay que muy sinceramente quisieran ser maestros, procuran serlo en la mayor medida posible y no lo consiguen.

Y es que la función docente constituye una *especialidad*; que no es lo mismo estudiar y saber que enseñar á otros lo sabido y, sobre todo (ya que la enseñanza no consiste puramente en transmitir el conocimiento hecho), que educar á otros en el estudio y en la conquista de la *ciencia propia*. Quienes posean la aptitud natural (para mí no hay duda que ésta existe) y la hayan aguzado y adiestrado convenientemente, serán maestros; los que no la tengan ó la hayan oscurecido con otra vocación ú otras aspiraciones, no lo serán por muy elevadas que tengan su personalidad científica.

Así se produce ese fenómeno, tan raro é inexplicable á los ojos de los profanos, de que practique á menudo la obra docente de medianías intelectuales y no la de eminencias indiscutibles; que aquellas formen *discípulos* y éstas no tengan más que *alumnos*. El hecho es tan general, que no hay país ni establecimiento de enseñanza en que no se produzca.

Ahora bien; es indudable que cada función debe mirar á su propio peculiar fin, y escoger para el cumplimiento de éste los medios más adecuados. En la de enseñanza, el medio director es el maestro; y por eso, á una Universidad no debe importarle nada tener más ó menos eminencias y debe importarle mucho tener educadores, gentes que formen discípulos ú organizadores de gran sentido pedagógico, que orienten y dirijan á la vez á los educadores y á los educandos.

El que no sirva ó no quiera servir para una ú otra cosa, haría mejor en abandonar la enseñanza. Fuera de ella puede quizá ser sumamente útil á la ciencia y á la humanidad. Dentro de ella, ocupa un sitio sin cumplir la función, y contribuye á que perdure el equívoco de tener un *maestro* donde no hay más que un *empleado* á quien se llama catedrático, profesor ó cosa por el estilo.

RAFAEL ALTAMIRA,
Catedrático de la Universidad de Oviedo

Oviedo, 3I de Octubre de 1908.